

Cuentos & Cuentistas

Aragon y sus mentiras verdaderas

Bartolomé Leal desde Santiago

El surrealismo francés, liderado por André Breton a principios del siglo XX, se halla un tanto fuera de mercado, así como el movimiento alemán dadá (de Tristan Tzara), su precursor y competidor. Fueron las vanguardias de entonces... Abominaron del realismo en boga e impulsaron la espontaneidad y el *nonsense*, la libre asociación de imágenes e ideas (el “automatismo psíquico puro”), el amor loco, la ruptura con las convenciones. Se declararon de izquierda y ensalzaron el psicoanálisis. Dieron un no rotundo a las formas y a los géneros. Se expresaron en “Manifiestos” de incendiada violencia verbal. Uno de sus inspiradores fue el uruguayo Isidore Ducasse, llamado Conde de Lautréamont, con su delirante ciclo poético *Los cantos de Maldoror*.

No es raro entonces que el surrealismo destacara en la poesía (coexistiendo con otras vanguardias); y en la plástica, generando colosos como Magritte, Max Ernst, Dalí y Man Ray, entre otros. También dejaron su huella en el teatro, con Antonin Artaud y Alfred Jarry (creador del *Padre Ubú*), camino que llevaría al “teatro del absurdo” de Ionesco y Beckett. Empero, el surrealismo como movimiento se fue apolillando, mostrando las hilachas, exhibiendo mezquindades ególatras e inopia creativa. Fue un movimiento que no dejó legado original cuantioso en materia de novela y cuento; sin embargo, su influencia renovó el género fantástico y fertilizó coloridas matrices narrativas en nuestros países. Pues sí, por acá depredó, dejando huella en una pléyade de autores: Asturias, Aguilera Malta, Carpentier, Lezama Lima, Roberto Arlt, Borges, Cortázar, Rulfo, Arreola, la Bombal, Juan Emar... Entroncó con corrientes novedosas como el “realismo mágico”; y en otras emparentadas, como el “teatro pánico” del español Arrabal, donde participó alguna vez Jodorowsky.

Uno de los poetas fundadores del surrealismo fue el también francés Louis Aragon (1897-1982). Un poeta para las historias de la literatura, a quien no se lee mucho aunque se le admira. Fue un personaje inquieto. Devino militante

comunista en cuanto abjuró del surrealismo y se peleó con Breton. Estuvo ligado a la revolución de los Soviets en sus inicios, haciendo amistad con Mayakovsky y casándose con Elsa, la hermana de su compañera Lili Brik. Fue Aragon quien introdujo el “realismo socialista” en Francia. Su premiada novela *Les beaux quartiers* (1936) es considerada un raro ejemplar de esta tendencia, que hizo doctrina artística oficial el estalinismo más duro. Una gran novela, por cierto. La obra de Aragon es prolífica y variada, cabe señalar, en la poesía, en el ensayo político o estético, en la novela.

Nunca leí antes seriamente a Aragon en tanto poeta surrealista. Me parecía uno más de los miembros de ese movimiento que me interesaba, claro; pero más bien por su aporte a la pintura y la filosofía del arte. Hasta que por azar, en una feria de libros, encontré un volumen de prosas narrativas de Aragon titulado *Le mentir-vrai*. El libro (un bello ejemplar de bolsillo de casi 700 páginas, editado en Francia, con una ilustración del fotógrafo André Kertész en portada) contiene cuentos, relatos y textos de crítica literaria (bastante narrativos también) que el autor escribió entre 1923 y 1972. El volumen, publicado en 1980, incluye asimismo los relatos que Aragon produjo mientras perteneció activamente a la resistencia francesa contra la ocupación nazi, los que salieron en 1945 con el título de *Servitude et grandeur des Français*.

El libro revela la escritura brillante de Aragon, un prosista evocador y divertido, capaz de expresarse en imágenes y de crear atmósferas diversas, tanto de su época como históricas. Aragon recrea su propia infancia en los albores del siglo XX con el cuento que da título al volumen, donde combina el relato de ficción con los recuerdos; y donde juega con los cambios de nombres y las trasposiciones literarias. Un notable ejercicio de búsqueda de “la verdad de las mentiras”. El lector participa de este juego de dobles, busca comprender el porqué de los cambios de nombres, lugares y sucesos, hasta llegar a rendirse a la verdad, digamos superior, que deriva de tal ejercicio, narrativamente impecable. Destaco la sensibilidad de Aragon para tocar un tema encantador y peliagudo: el de los niños enamorados, de sus tías, profesoras o niñeras; cuando no de sus madres.

El cuento titulado *“La mauvais plaisant”*, recrea el Montmartre de los años veinte. Provocó escándalo por su arrebatado elogio de las prostitutas parisinas y su vida hecha de miseria y jolgorio. Y otro cuento, *“La Sainte Russie”*, podría ponerse en cualquier antología del relato humorístico: narra las desventuras de la aristocrática amante de un zar que debe sufrir los rigores del exilio en París tras la revolución bolchevique, la cual le ha quitado su pensión y la obliga a refugiarse en un palacete en Neuilly, a orillas del Sena, acompañada de sus innúmeros perros, mientras escucha las esperanzadoras aunque quiméricas noticias de un general que avanza sobre Moscú para reponer al zar en su trono, “el representante de Dios en la tierra”, según la teología ortodoxa rusa.

Son historias marcadas por la ironía (atemperada por una cierta ternura), la melancolía por el transcurso del tiempo y una soterrada amargura ante la vanidad de tantos frenesíes vitales. Aquí, la conciencia política del escritor es la que predomina. Pero el Aragon surrealista está presente en las arrancadas oníricas, como en *“L’aveugle”* y *“Le contraire-dit”*... Y también en relatos marcados por un *“amour fou”* que coquetea con el canibalismo, como *“Mini mini mi”*... Los poetas reaccionarios, los servidores de la Alemania nazi, los colaboradores de Hitler, los enemigos de la revolución rusa, son tratados con cruel sarcasmo en *“Le souris rouge”*, donde no se salvan ni los pretendidos compañeros de ruta; como tampoco los propios surrealistas en la figura hilarante que se debate como un monigote en *“Chproumpph”*.

No es redundante señalar el amplio registro de formas de escritura que Aragon maneja, dando a cada relato su propia particularidad, con énfasis en un caso en el monólogo interior reflexivo, en otro en los modos lingüísticos de un personaje popular, en otro en el encanto de una prosa poética amorosa de los elementos que describe. Una prosa de poeta, con esa sensualidad de las palabras que no conocen los prosistas prosaicos, ávidos de originalidad o de efectividad, la vista puesta en el comentario crítico. Una lección de maestro, sin duda alguna, que se prolongó hasta los años sesenta y setenta, y que se halla presente en los relatos finales del volumen.

El título del cuento principal del libro, *“Le mentir-vrai”* es bastante revelador, como que podría resumirse así, glosando el viejo slogan de la

izquierda: “Realidad e imaginación unidas, jamás serán vencidas”; o, mejor, como se diría en francés, *“Mensonge et vérité, même combat”*. Aragon consideró a este cuento su manifiesto personal, su *“art romanesque”*, la síntesis dialéctica de su trayectoria de artista de vanguardia (surrealista), de hombre progresista (comunista) y de patriota (miembro de la resistencia); y también una forma de crear un tipo de narrativa que se acerca más a la verdad que la reproducción aparentemente directa y testimonial de los hechos crudos de la inasible realidad.

